

# CASAS REVUELTAS

Florencia Canale

ILUSTRACIONES DE **Julieta Farfala**



# CASAS REVUELTAS

**Florencia Canale**

ILUSTRACIONES DE **Julieta Farfala**

*A mi niña interior y a Matilda,  
mi interlocutora favorita.*



## UN SUEÑO HECHO REALIDAD

**E**duarda Damasia Mansilla había nacido en Buenos Aires, el 11 de diciembre de 1834. Mientras que en la casa de la calle Potosí todos celebraban la llegada de la segunda hija de doña Agustina Ortiz de Rozas y Lucio Norberto Mansilla, la ciudad se había convertido en un polvorín. Las peleas habían empezado dos años atrás, después de que Juan Manuel de Rosas renunciara al cargo de gobernador. El tío de Eduardita había montado su caballo y se había alejado del poder.

Y en Buenos Aires empezaron las disputas: asumo yo; no, mejor vos; este es bueno; aquel es horrible. Solo había despreocupación en la casa de los Mansilla.

La niña creció rodeada de cuidados. Su mamá se había puesto muy contenta con su nacimiento. Ya era madre de un varón, de Lucio Victorio, y había rogado a los cielos que la próxima fuera mujer. Los ruegos se cumplieron y todos felices.

Desde muy chiquita, Eduarda se destacó. Aprendió a leer con pocos años, buscando copiar a su hermano mayor. Cuando a Lucio le tocaba asistir a la clase con el tutor, era imposible sujetar a Eduardita.

—¡Quiero ir a estudiar con Lucio! —retobada, le gritaba a la negra María Antonia, que se encargaba de ella. Eduarda tenía tres años y ya exhibía su personalidad.

Fue creciendo rodeada de adultos, le aburrían los juegos de chicos. Era una agrandada y la favorita de sus padres. La consentían en todo lo que pedía.

Una tarde, doña Agustina agasajaba a unos amigos. Era costumbre que recibiera a la hora del té y se tomaba mate o alguna bebida fresca. Tampoco faltaban los buñuelos fritos y alguna otra delicia.

El invitado especial era el joven poeta Esteban Echeverría, íntimo de doña Agustina. Hacía poco se había publicado su libro de poemas, Rimas, y le traía un ejemplar de regalo.

—¡Ah, amigo mío, muchas gracias! —Agustina lo empezó a hojear.

Las otras señoras que ocupaban la sala aplaudieron con ganas. Además, el poeta tenía fama de conquistador y las mujeres se rendían a sus pies. Entusiastas, le pidieron que recitara algo. Doña Agustina le dio el libro y Echeverría aclaró su garganta y empezó:

*Nací bajo mala estrella;  
pero me miró una bella enamorada,  
y me llamó pensamiento  
y fui desde aquel momento flor preciada.*

Las señoras volvieron a aplaudir. La bulla fue tal, que hizo que Eduardita asomara su cabeza por la puerta. Animada a todo, atravesó la sala y fue hacia donde estaban su mamá y los invitados.

—Pero, hijita, esta es una reunión de grandes —le dijo Agustina, sonriente.

—¡Yo también quiero leer! —exclamó Eduarda.

—¿La niña ya lee? —preguntó el poeta anonadado.

—Aunque no lo creas, Esteban, así es. Mi hija es muy inteligente. Habrá salido a la familia —y largó una carcajada.

—Pues entonces hay que instruirla.

—¡Vamos a la librería! —volvió a clamar la pequeña y les dedicó un zapateo rezongón.

La negra María Antonia ingresó a la sala como una tromba. Pidió disculpas y se llevó a Eduarda para adentro. Los grandes continuaron con su charla sin la intrusa infantil.

Al día siguiente, doña Agustina fue en busca de Eduarda. Entró al cuarto que la niña compartía con Lucio y allí la encontró, jugando con su criada.

—Hijita, vamos a mis habitaciones que se me ocurrió una idea —la tomó de la mano y fueron hacia adelante, donde estaba su dormitorio y el costurero, lugar íntimo en el que leía, se acicalaba y hacía lo que le venía en gana.

A Eduarda le encantaba fisgonear el cuarto privado de su mamá. Sobre el tocador había una infinidad de perfumes, a doña Agustina le fascinaban. Además, un despliegue de jarrones con flores. Olía rico en las habitaciones de su mamá.

—Evidentemente tengo una hija muy despabilada —le dijo y la sentó a su lado—. La más inteligente de la familia, sin dudas.

Doña Agustina abrió un cuaderno y le dio un plumín. Con mucha dedicación, le enseñó a escribir. Todas las tardes, Eduarda se dirigía al costurero y asistía a las clases que le daba su mamá. Incluso aprendió los primeros palotes de inglés y francés. La niña era una alumna perfecta. Hasta que cum-



plió los seis años y decidieron que le había llegado la hora de recibir una educación en serio.

Una mañana, llegó mademoiselle Bonnemaïson. Doña Agustina le anunció que sería su institutriz. La señorita era rigurosa pero Eduarda estaba fascinada. Se sentía importante frente a su hermano mayor. A la hora de la clase le ponía mucho empeño. Le gustaba estudiar.

De día cumplía los deberes, pero de noche, sin sus papás cerca, le gustaba salirse de la raya.

A la hora de acostarse y ya en la cama, ella y Lu-



cio conversaban como locos. Ella le contaba cuentos de fantasmas, él la escuchaba sin chistar. Las historias de apariciones eran sus favoritas. Pero un día, en el medio del cuento apareció la negra María Antonia a poner un poco de orden.

—¡A ver si se callan y se duermen de una buena vez! —les dijo con el ceño fruncido.

Y nada. Eduarda siguió con su cuento. Pero la negra, más viva que el hambre, simuló el sonido del tropel de caballos y le dijo:

—Dormite, dormite, Eduardita, mirá que si no ahí viene Lavalle a comerte.

En aquellos años, Juan Manuel de Rosas, su tío, había vuelto a ser gobernador de Buenos Aires. Había cumplido un primer mandato y, al poco tiempo, lo habían vuelto a convocar.

Pero la lucha entre unitarios y federales seguía en pie. Y Juan Lavalle era el general unitario más bravo del territorio. Había sido amigo de la familia, pero las cosas habían cambiado. Se había pasado de bando, transformándose en el innombrable para los Rosas.

Los hermanos hicieron silencio. María Antonia, convencida de que al fin se habían dormido porque ni chistaban, apagó la vela y salió del cuarto. Al ratito y en voz muy baja, Eduarda llamó a su hermano:

—¡Che, Lucio! ¿Estás durmiendo? Porque yo no oí nada.

Su hermano, sin quitarse las cobijas de encima y tiritando, respondió:

—Callate... no hables, que tengo miedo y me ahogo, y ahora nomás entra mamita.

Si a doña Agustina se le ocurría aparecer por el cuarto, la cosa se ponía peliaguda.

—¡Zonzo! —insistió Eduarda—. ¡Flojonazo!

Le divertía cargar a su hermano cuando se ponía miedoso. Ella era mucho más valiente que él.



Pasaron unos años y la casa de los Mansilla dejó de tener las puertas abiertas para todos. Solo los visitaban quienes vestían chaleco colorado y exhibían con orgullo la divisa punzó. Eran los colores federales y la residencia de la calle Potosí estaba embanderada con esa consigna. A veces, cuando llegaban los invitados, lanzaban su “¡Viva Rosas!”. La provincia de Buenos Aires estaba dividida, y aquellos amigos unitarios de antes ya no eran bienvenidos en la casa.

Eduarda se había convertido en una niña muy disciplinada. Cuando era la hora de la clase con ma-